

todo el esplendor de las Mondas, se crearon unas ordenanzas que reglamentaban todo el protocolo de la fiesta quedando establecida su celebración en los 15 días después del domingo de la Pascua Florida y comenzando con la petición de dar una limosna para llevar leña a la ermita, tras la misa del domingo de Pascua. Se crearon cargos para celebrar corridas de toros y cobraron importancia las fiestas taurinas, como el toro embolado o encohetado, que consiste en colocar tea encendida en los cuernos del animal y atado con sogas, era toreado por el pueblo en las anochecidas calles hasta llegar a la Plaza del Pan e incluso en 1538 se formó la Hermandad de los Caballeros de la Virgen del Prado, para mayor lucimiento de la ermita y su fiesta.

En siglos posteriores, concretamente en el siglo XVII, queda ya estipulado que en la celebración de las Mondas, se festeja los desposorios de la Virgen con San José, fiesta que en este siglo señalaba festivo el calendario litúrgico celebrándose año tras año, con más motivos profanos que religiosos.

Pero esta celebración, que en el siglo XIX y en buena parte del siglo XX, quedará prácticamente olvidada, fue resucitando poco a poco a principio de los años 80 del siglo XX.

Ángel Ballesteros Gallardo, historiador, poeta e hijo adoptivo de la localidad, describe en el periódico local La Voz de Talavera, lo que fue el cortejo de Mondas en 1975:

*“La gris monotonía del cotidiano hacer, martes de Pascua, se ha quebrado, se ha roto ante el paso asombroso y caricaturesco, de las Mondas por las calles de Talavera. Sin la*

*grandeza de una procesión a palo seco; teniendo como meta la ermita del Prado. Sin solemnidad, como quien cumple una obligación, no una devoción. La devoción siempre aflora desde dentro y la cornisa es risa y la lágrima pórtico del temor y del agradecimiento. La obligación es fría, es el ir a por agua sin la ilusión del cántaro. Interrogante curiosidad, el asombro se iba asomando a los ojos y en la boca de la gente, que iba hacia algún sitio y se encontraba, interrumpiendo su paso, con las Mondas. El cortejo se abría con una torre de madera donde una campanilla jugaba, volteando a despertar la mañana. Detrás, encaramada sobre un palo, apelmazada la cera, un enorme cirio rectangular. Después, un tambor sin sonido, en la punta de mi asta ceñido por el tomillo y banderitas por penacho. Le seguía el bailoteo de unas velas sin gracia, en pobreza de adorno, sujetas, por su mecha, a un trono recubierto de tela. Y como final, el imán de las miradas, la alegría de los niños, un pequeño carro tirado por dos carneros de lana enrojecida, el carro con tomillo por carga y por coraza de sus ruedas. Al llegar a la puerta de la ermita de la Virgen del Prado se estanca el paso y el capellán va recibiendo e introduciendo a cada corporación hasta el altar mayor. El órgano intentaba poner pentagramas de fiesta en la bóveda del templo. Mientras un canto se elevaba en honor de la Virgen, un torbellino de manos se hacía empujón y grito, desmantelaban el pequeño carro ahora solitario, sin los dos carneros sosteniendo su yugo; tan sólo “doña sabidilla”, que nunca falta en cualquier fiesta, pelo corto y vestido negro intentando con enfado ordenar el desorden, era la compañía para el carro asustado. Esto han sido las Mondas hoy, en otros tiempos fueron otra cosa, solamente nos queda el esqueleto, sólo nos queda una sensación de tiempo envejecido; las cosas, las tradiciones, como la ropa, pierden su colorido si no hay unas manos que las aireen, que las prendan en la alegría para que se enamore el sol”.*

